

ANN YESHIRE



SEDUCIR A LA MILLONARIA

Resumen:

Laura Black, distinguida ejecutiva de finanzas en Quantum Inc, navega en un mundo de rascacielos y acuerdos multimillonarios con precisión milimétrica. Pero al volver al pueblo donde creció, para la boda de su hermano, choca con la cruda realidad campestre y cae en los brazos de una amante que debería ser intocable.

De repente se ve arrastrada a un remolino de deseo, secretos y decisiones que nunca pensó que tendría que enfrentar. Esa mujer no es una conquista más. Es alguien que despierta en ella un deseo profundo, una conexión emocional que ilumina partes de su alma que creía cerradas para siempre. Sin embargo, los secretos que ambas guardan amenazan con separarlas antes de que puedan explorar lo que realmente significa este encuentro.

[Capítulo 1:](#)

[Capítulo 2:](#)

[Capítulo 3:](#)

[Capítulo 4:](#)

[Capítulo 5:](#)

[Capítulo 6:](#)

[Capítulo 7:](#)

[Capítulo 8:](#)

[Capítulo 9:](#)

[Capítulo 10:](#)

[Capítulo 11:](#)

[Capítulo 12:](#)

[Capítulo 13:](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15:](#)

Capítulo 1:

Esta noche, Quantum Inc. va a sacudir el mundo tech con un lanzamiento épico. Se dice que la gala será un hervidero de celebridades y genios de la tecnología. ¿Quién logrará colarse y quién quedará fuera? Estén atentos, porque esta noche promete secretos, innovación y, por supuesto, un toque de drama. #QuantumRevelación #GalaDeInnovación #Nexus

Personalidades ataviadas con sus mejores galas conviven en lo que ya se describe como el evento del año. Hay todo un despliegue de lujo y esplendor; no se repartieron muchas invitaciones, y el teléfono de los organizadores estalló en llamas por las numerosas solicitudes de celebridades. Sin embargo, a la CEO del megacorporativo, Victoria Stone, no le interesan las aglomeraciones; ya tiene a millones de clientes acampando en las tiendas desde hace semanas para adquirir un Nexus.

Uno de los rostros más estudiados esa noche es el de la destacada financiera Laura Black. El triunfo económico de la compañía no se debe al alboroto en las redes sociales, ni a las súplicas del mánager de Caden Strum por una invitación a la gala, ni tampoco a los compradores compulsivos. Fue la gestión financiera de Black lo que catapultó a Quantum Inc a la cima.

La reportera, con el distintivo de Capital Trends en su credencial, enfoca a Black con su cámara. La ejecutiva destaca en un sofisticado traje de chaqueta verde oscuro, realizado por botones dorados que aportan un aire clásico. Un pañuelo alrededor del cuello suma un toque irresistiblemente elegante, mientras su cabello corto, peinado hacia atrás, enmarca perfectamente su rostro. Ajustando el lente, captura un primer plano de sus labios definidos y ligeramente humedecidos por el Eclipse Negroni que tiene en la mano. Para Capital Trends, las imágenes de su expresiva boca, su nariz recta o su intensa mirada avellana podrían no ser necesarias. Sin embargo, ahora que la ha capturado, planea conservar esas fotografías como tesoros personales en su colección privada.

Jessica Hughes se acerca, alterando la parsimonia de Black.

—Nunca vi a alguien tan deprimido por tener que visitar a su familia.

Los labios de Laura esbozan una curva sutil mientras dirige su mirada hacia la jefa de Recursos Humanos.

—¿Acaso has olvidado el drama de Connor hace dos años?

Hughes eleva las cejas y asiente, dejando escapar un suspiro con el cambio de expresión.

—Es solo un fin de semana —coloca su mano sobre el hombro de la financiera en un gesto de apoyo emocional—, y estarás ebria una buena parte del tiempo, una boda siempre es una buena excusa para beber.

—Si ven a Grant aléjense de ella —les advierte Helen Parker, la jefa de Operaciones y logística, uniéndose a la conversación—. Está que rompe todo.

—¿No es ese su estado habitual? —inquiere Hughes, provocando una sonrisa en sus

colegas.

—Ya deberías estar camino al aeropuerto —le indica Parker a Black—. ¿Conseguiste acompañante?

—Mi única opción parece haber perdido la cordura allá —responde Laura Black, utilizando la mano que sujeta su bebida para señalar hacia el área designada para la prensa, donde una mujer de cabello platinado se asegura de que los reporteros no acechen a sus invitados.

—Dios sabe que casi le provocas una parálisis a Stone cuando le dijiste que saldrías de la ciudad este fin de semana. La pobre mujer estaría seis pies bajo tierra si te llevas a su directora de Marketing.

—Julián no pudo haber escogido un momento peor para casarse.

—Tal vez hubiera considerado una fecha más adecuada si hubieras hablado con él en los últimos diez años —opina Jessica Hughes.

—Si hubiese sabido que hoy era el lanzamiento, habría elegido casarse justo ahora, beneficiándonos a ambos en el proceso.

Los hermanos Black no tienen la mejor relación, pero, según su padre, la boda es el momento perfecto para reconciliarse. De lo contrario, hay de por medio una amenaza de eterna indiferencia.

—No tienes que ir sola, ¿Ya notaste que traes una sombra?

La financiera saborea su Eclipse Negroni. Parker, claramente, se refiere a la reportera de Capital Trends. Por supuesto, Black ha percibido la mirada insistente de la joven, y que el lente de su cámara captura meticulosamente cada uno de sus gestos. En otras circunstancias, la habría invitado al asiento trasero de su Bentley. Sin embargo, con las maletas aún por hacer y el tiempo apremiando, no se puede permitir ese tipo de relajación.

—Si la presento a mi familia, esa joven esperará que le entregue el anillo mañana mismo.

Jessica y Margaret sueltan una carcajada ante el comentario.

Mujeres como ellas comprenden que no pueden alimentar ese tipo de expectativas en sus conquistas, ya que no hay nada más riesgoso para la reputación de una ejecutiva que una chica enamorada.

Capítulo 2:

Laura Black avanza por el aeropuerto de Newfield, arrastrando su maleta. Tras cinco horas de vuelo, ya no luce como la imponente directora Financiera de Quantum Inc. Optó por un conjunto monocromático en rosa pálido, consistente en pantalones de corte recto y un suéter ligero, complementado con un cárdigan a juego. Oculta las huellas de su insomnio detrás de unas gafas de sol oscuras.

En algunas pantallas del aeropuerto ha llegado a ver los anuncios sobre el evento de lanzamiento del Nexus, pero mantiene su teléfono apagado y no presta atención a las noticias. Sabe que en cuanto se conecte con el mundo todo eso le caerá encima, va pasar los próximos meses cargando con toneladas de datos sobre el innovador dispositivo. Necesita un respiro, aunque agradecería estarlo tomando en las playas de Sofgael y no rodeada de su pintoresca familia.

Alquila un crossover y se sumerge en el tráfico de la ciudad. Tiene dos opciones: tomar la carretera ahora, hacer cuatro horas de camino y llegar a Oakdale a tiempo para soportar los reproches apenas velados de sus padres durante el almuerzo y la cena. O puede llegar a mitad de la cena, alegando un contratiempo e irse a dormir temprano.

Otra opción es chocar contra algo, fracturarse el brazo y pedir que la mantengan sedada todo el fin de semana.

Se estaciona fuera de un bar. La idea de fracturarse el brazo para no ir a la boda de su hermano es lo suficientemente tentadora para recetarse un trago.

El bar dista mucho de ser un lugar que Laura Black frecuentaría. Con sus paredes de ladrillo a la vista decoradas con neones parpadeantes y estanterías de madera oscura, adornadas con fotografías en blanco y negro del viejo Newfield y letreros de cerveza vintage, evoca una atmósfera nostálgica. Probablemente, la última vez que se acercó a una barra para pedir un trago fue en la noche de su graduación, cuando se prometió a sí misma que cada paso que diera sería en dirección contraria a Oakdale.

El primer sorbo de su Martini lleva el sabor de un consuelo: "Es solo un fin de semana, no te van a matar". Una hora más tarde, los tragos adquieren un sabor más amargo: "Al diablo, compra un boleto y sal de aquí. Regresa a tu mundo". Motivada por este cambio de sabor, saca su iPhone para llamar a su asistente y ordenarle que le consiga un vuelo de regreso en ese mismo instante.

—Buen día, señora Black —la voz angelical de Sophie responde casi al primer timbrazo.

Pero Black no escucha. Sus ojos se fijan en la puerta, capturados por la llegada de una nueva cliente: una mujer que luce un corto vestido blanco.

La jefa de finanzas no es la única que voltea a mirar. Sin embargo, la chica del vestido blanco camina como si fuera ajena al hecho de que acaba de hacer que el tiempo se detenga a su alrededor. Resalta que está acostumbrada a las miradas de admiración y deseo, o al menos eso interpreta la financiera, quien finaliza la llamada sin comunicarle nada a su asistente.

La joven solicita un "Purple Passion con Everclear" y toma asiento en una butaca frente a la barra, justo al lado de Black.

Ella no es en absoluto tímida, pero se encuentra indecisa, incapaz de elegir qué es lo que más le atrae de la desconocida. La larga cabellera morena que cae en suaves ondas, los ojos vivaces y expresivos, o esa aura romántica y delicada que la envuelve.

La chica del vestido blanco exhala un suspiro, como si, tras el primer trago, se hubiera quitado de encima el peso del mundo entero. Entonces, nota a la mujer madura sentada a su derecha.

—Hueles increíble —dice, inclinándose con confianza hacia Black—. ¿Qué perfume usas?

La financiera gira su rostro y decide en ese instante que su parte favorita de la desconocida son sus ojos de un café vibrante.

—No tengo idea —opta por mentir, sabiendo que eso siempre hace las cosas más fáciles—. Me lo aplicaron en la tienda y olvidé preguntar cómo se llamaba.

La chica tuerce el gesto en un puchero irresistible.

—No, esto no se puede quedar así —se inclina tanto hacia Black que tiene que apoyar una mano en su pierna para mantener el equilibrio y vuelve a inhalar profundamente—. ¿En qué tienda fue? Tienes que llevarme ahí.

Laura observa la boca de la joven y siente la presión de su mano sobre su muslo.

—Estoy disponible... —dice, tomando un sorbo de su bebida, cuyo sabor ahora evoca el fruto prohibido— para lo que necesites. Pero antes, permíteme ofrecerte otro trago.

Capítulo 3:

Los tragos también influyen en los pensamientos de la chica del vestido blanco. El primero le transmite: "Te mereces un escape, aunque sea por cinco minutos". El segundo le sugiere: "Qué deliciosamente huele la rubia".

Y el tercero le confirma: "Me gusta cómo me mira".

Está familiarizada con el deseo que se refleja en las pupilas masculinas al verla llegar. Sin embargo, lo que encuentra en la mirada penetrante de la rubia es una admiración contemplativa, quizás similar a cómo Da Vinci observó a la Mona Lisa mientras la inmortalizaba en el lienzo. O cómo Van Gogh contemplaba los girasoles.

—Mereces un aumento —le dice al chico de la barra, quien se ha asegurado de mantener sus vasos llenos, tal como ella se lo pidió varias rondas atrás—. Recuérdame darte una buena propina. ¿En qué estábamos?

Al voltear, sorprende a Black mirando su boca, y eso despierta en ella algo más embriagante que el alcohol.

—Mencionabas que te dedicas a la pintura —responde sin molestarse en disimular que está anhelando probar la gota de Everclear que reposa en los labios de la joven.

Ambas han girado sus cuerpos hacia un lado para hablar con mayor comodidad, y las butacas están lo suficientemente cerca como para que sus rodillas se toquen. Una casualidad con la que la experta en números ha jugado, realizando movimientos sutiles para comunicarle a la joven sus intenciones.

—Ah, eso —dice, ofreciéndole a Laura una vista más cercana de su mano, y Laura observa restos de pintura seca entre sus uñas—. Podría decirse que soy algo famosa.

Vuelve a colocar su mano sobre el muslo de la directora financiera. Sus dedos, son largos y de apariencia frágil, porta en uno de ellos una argolla de acero inoxidable, adornada con una piedra de plástico que imita un diamante.

—Muéstrame alguna de tus obras, me encantaría ver lo que has pintado.

Al escuchar esa petición, el entusiasmo brilla en sus ojos con la intensidad que debería tener la piedra de su anillo; realmente se merece un diamante auténtico. Y Laura Black casi se atraganta al verse capturada por esa idea.

Correcto, ya es suficiente alcohol por hoy. Que se le cruce la idea de compromiso solo por sentir un ligero calor definitivamente no es propio de ella.

Afortunadamente, la joven pintora está demasiado entusiasmada revisando la galería de su teléfono en busca de una obra que sea lo suficientemente impresionante para la rubia, y no se percata del breve bochorno mental que esta ha experimentado.

—Tentación —le ofrece su celular.

Laura no pierde la oportunidad de rozar su mano al tomar el teléfono, quedando cautivada por la suavidad de su piel. Ese magnetismo debería ser objeto de estudio en un laboratorio.

Afortunadamente, la chica no parece molesta por el contacto y no retira su mano, permitiendo que ambas sostengan el móvil juntas.

—Es mi magnum opus —susurra, manteniendo su mirada fija en la rubia, deseosa de captar cada detalle de su reacción.

Laura Black examina la imagen en la pantalla, acercándola para apreciar mejor los detalles. Lo que ve es una visión del Edén, con la figura desnuda de Eva en primer plano, mordiendo una manzana bañada en oro.

—Me han invitado a exponer en el Museo Bellarossa durante la cena de recaudación que se celebra anualmente.

—Es mañana —Black no sabe mucho de arte, pero sí de eventos donde se mueven cifras kilométricas de dinero.

—Cancelé, tengo otros planes.

Se sonríen mutuamente, con Black sospechando que no es la única que recurre a medias verdades, y vuelve su atención al cuerpo de la modelo en la pantalla, lanzando miradas furtivas hacia la artista.

—Eres tú... —murmura también en voz baja.

La joven se humedece los labios, esa es la razón por la que nunca ha mostrado esa pintura. Sin embargo, la presencia de la rubia despierta en ella un deseo ardiente de impresionarla.

—¿Crees que me veo tan bien desnuda? —pregunta y guarda el móvil.

La rubia sigue con las manos en el dispositivo y deja que estas sean guiadas por la chica del vestido blanco hacia sus piernas, permitiéndole sentir su cálida piel. Estaba fantaseando con tocarla varias copas atrás, pero nada la había preparado para las emociones que burbujan al sentirla.

Lo que parecía un acto diseñado para tantear el terreno terminó dejándola sobre una mina y ahora siente que cualquier movimiento podría hacerla estallar en pedazos.

—De hecho, así es —dice en voz baja y, arriesgándose a la tragedia, le acaricia la pierna con suavidad.

Sus manos son expertas, tanto que la chica del vestido blanco no podría distinguir entre una caricia y el roce del viento. Eso le gusta. La pasión de la rubia es una fuerza de la naturaleza.

—¿Te ha gustado? —pregunta en doble sentido, con una sonrisa que invita a más, mientras se muerde el labio.

Laura acepta la invitación y sus dedos se pierden bajo la tela del vestido.

— Lo quiero en mi colección, lo compro ahora mismo —responde ella, también con un doble sentido. Estaría dispuesta a pagar lo que fuera necesario tanto por la chica como por el cuadro.

—No podrías pagarlo.

—Te sorprenderías.

Esa es una respuesta honesta, quizá la primera que ha dado.

La joven entrecierra los ojos; reconoce que la rubia no es una cliente común del bar. Ese perfume no es de los que regalan en los centros comerciales, su ropa es de alta calidad, y sus gestos destilan elegancia. Quizás es la esposa de un político y ha elegido precisamente esa tarde para escapar de la rutina. No querrá problemas cuando el efecto del alcohol desaparezca, y ella tampoco. Parece que el destino las ha unido en ese bar.

—Hay cosas que no están a la venta —separa un poco las piernas— pero puedo dejar que lo admires un poco más de cerca.

Black se marea, ebria de deseo hasta la locura, cuando toca la humedad de la chica.

—Eso realmente me encanta. Quiero comprarla en serio —murmura y hace presión sobre la entrada de su sexo.

—Me lo pones difícil —susurra la joven, retirándose de forma tan repentina que casi hace que la rubia sienta un escalofrío—. La cuenta, por favor.

Black aprieta los labios, notando cómo la tensión que empezaba a crecer entre ellas se corta de golpe.

La artista paga, termina su bebida y se acerca de nuevo a la rubia.

—El alcohol suele susurrarme cosas, ese último trago me supo a que quiero tener sexo contigo. ¡Ahora!

Capítulo 4:

Laura coloca las manos en la cintura de la joven y la atrae hacia sí. No están en el baño de un bar de madrugada, sino en un estacionamiento a media tarde, y no tiene una habitación de hotel reservada. Sin embargo, se preocupará por eso más tarde; en este momento, lo único que desea es perderse en la boca de esa experta seductora.

Respiran aceleradamente, tratando de capturar el poco aire que se filtra entre sus rostros, ahora demasiado cercanos. Sin embargo, ninguna da el primer paso; se deleitan en los placeres de la mera proximidad, disfrutando de la intensa electricidad que surge entre ellas, suficiente para alimentar una ciudad entera.

—Eres verdaderamente hermosa —susurra la jefa de Finanzas, dejando caer sus labios sobre el cuello de la desconocida, encontrando ahí una pista de aterrizaje en la que se desliza irremediabilmente.

Tiene prisa y, al mismo tiempo, desea que ese encuentro sea eterno. Sus brazos ejercen más presión, como si quisiera fusionarse con ella, y vuelve a besarle el cuello. Esta vez, juega con su lengua sobre la piel de la chica, provocándole un dulce escalofrío.

Su aroma, su cuerpo, y el sabor salado de su sudor le llenan de euforia, como el marinero que ha encontrado un puerto después del naufragio. Desde que recibió el ultimátum de sus padres, presionándola para asistir a la boda de su hermano, solo ha tenido días malos. Y ahora encuentra la recompensa mientras rodea ese cuerpo delgado de curvas celestiales.

La joven toma el rostro de la directora financiera entre sus manos y la obliga a mirarla a los ojos, las piernas le tiemblan apenas hacen contacto, no podría plasmar en un lienzo esa mirada, mucho menos todo lo que provoca, nunca se había sentido tan ansiosa.

En medio de la excitación la mente de Black hace espacio para un pensamiento: *Ni siquiera sé su nombre, ¿qué demonios estoy haciendo?*

Luego llega el beso.

No le interesan las respuestas, ya olvidó las preguntas.

Captura con una mordida la sonrisa coqueta de la chica del vestido blanco y se da cuenta de que, después de ese momento, ni el mejor restaurante podrá satisfacer su paladar.

Es tormentosamente exquisita.

Hace danzar la lengua dentro de su boca y ahora son las piernas de Black las que fallan. Es una señal para empujarla dentro del crossover rentado y acomodarse sobre ella en los asientos de atrás.

Los cristales se empañan casi de inmediato, lo cual resulta ser una suerte, porque la ropa no tarda en desaparecer. Observa el cuerpo desnudo frente a ella y está convencida de que es la única mujer sobre la tierra cuya desnudez luce aún mejor en persona que en las fotos.

Besa cada centímetro con una solemnidad religiosa.

Y cuando está por llegar al platillo fuerte la joven se incorpora.

—Túmbate —le ordena, acercándose a morderle los labios.

—No me interrumpas, cielo —gruñe la experta en finanzas.

La joven vuelve a besarla con mayor intensidad, lo que debilita a Black, quien termina bajo el cuerpo de la desconocida.

La mira curiosa, siempre es ella quien lleva el control.

—También quiero comer —la chica sonrío con malicia.

Al poco tiempo Black tiene el delicioso manjar goteando sobre su boca, al mismo tiempo que la desconocida come de ella con una habilidad que le regala el mejor orgasmo de su vida.

Capítulo 5:

Laura Black aparca el crossover frente a la casa familiar. Es una vivienda de una sola planta, con un techo inclinado cubierto de tejas de terracota y muros pintados de blanco. Dispone de un espacioso porche amueblado con un banco y sillas estilo Acapulco, perfecto para el descanso. La puerta de entrada, custodiada por ventanas con contraventanas de madera, le da un toque rústico y acogedor, mientras que las macetas aportan un toque de naturaleza y vida.

Es como lo recordaba.

Nada ha cambiado en Oakdale; Laura casi podría jurar que los árboles aún conservan las mismas hojas de siempre. Antes de ir a la cena, se instaló en una habitación del único hotel del pueblo y tomó una ducha rápida, decisión de la que se arrepiente profundamente. Las tuberías del pueblo no reciben mucho mantenimiento y casi siente que ha salido más sucia de lo que estaba antes de abrir el grifo.

—Aquí vamos —suspira hondo y avanza hacia la puerta.

La estupidez del año no ha sido cogerse a una extraña que conoció en un bar y cuyo nombre jamás sabrá. Si no haber abordado el avión hacia Oakdale. La última vez que vio a su familia tenía 29, lleva una década sin estar frente a su mamá y si dependiera de ella las cosas no hubieran cambiado en otros diez años.

Llama a la puerta con los nudillos y casi de inmediato, una anciana de cabello blanco y escaso abre para recibir a Laura. El primer pensamiento de Black es desear que el tiempo no haya sido tan implacable con ella como lo fue con su madre.

—Buenas noches..., mamá —esa última palabra le araña la garganta.

Esther la mira atenta por unos segundos, el tiempo suficiente para que Laura vea la cruz plateada que cuelga de su pecho. Luego la envuelve en lo que pretende ser un abrazo afectuoso, pero la exitosa financiera de Quantum Inc se estremece ligeramente, como si el contacto con el símbolo religioso le quemara.

—Me alegra que hayas podido venir —casi podría creer el cariño y la emoción en su voz de no ser porque la invitación estuvo acompañada de un «Danos por muertos si no te presentas»

—Había un caos en la ciudad, lamento mucho llegar tarde —Se aclara la garganta y traga duro, tratando de deshacer el nudo que se ha estado formando.

—No te preocupes, apenas vamos a empezar —le informa Esther— ¿Puedes creer que Julián aún no llega? Ustedes dos son tan similares.

Laura se muerde la lengua para no hacer un comentario ácido al respecto. A su madre le encanta repetir esa mentira, sobre todo desde que sus hijos se pelearon a muerte, como si al mencionar eso los acercara a una tregua. En realidad, ella y Julián no tienen nada en común más allá de haber compartido un vientre. Es un idiota, y ha arruinado sus planes de escapar pronto para regresar al hotel, estaba confiando que encontraría los platos de la cena vacíos.

—Vamos, todos mueren por verte —la toma del brazo para llevarla al interior de la

vivienda.

La casa, al igual que todo Oakdale, parece haberse congelado en el tiempo. El mismo papel tapiz decora las paredes, los mismos muebles ocupan cada rincón, e incluso la misma tabla suelta que cruje bajo sus pies en el salón. Ahí se ha reunido toda su religiosa familia.

—¡Laura! —un hombre la abraza con efusividad, desprendiendo un aroma excesivamente fuerte y vistiendo un traje varias tallas más grande.

Lo identifica como uno de sus primos, aunque no recuerda el nombre.

—Es mi hija, de la que te hablé —dice su madre, apresurándose a presentarle a otro hombre que lleva puesto un cleriman.

Lo que sea que su madre le haya contado al sacerdote sobre ella no puede ser bueno.

—Hija es el padre Octavio, de la capilla de la Divina Misericordia, llegó hace dos meses.

Laura suspira y le extiende la mano. No le queda más remedio que ser parte del circo durante una noche.

Todos la reconocen, pero ella apenas puede recordar algunos nombres. Sin embargo, esto no parece importarles demasiado. Intentan hacerla sentir cómoda, conversando sin agobiarla, preguntando sobre su trabajo y la ciudad sin indagar en los detalles. El tiempo no solo se ha detenido en los objetos de la casa; para su familia, es como si Laura nunca se hubiera ido. Esto la hace sentir un tanto culpable por haberse alejado de todos, cuando en realidad fueron sus padres quienes la rechazaron y su hermano quien avivó el conflicto.

Uno de sus sobrinos le pregunta por el Nexus, y de pronto varios adolescentes dirigen su atención hacia ella. Naturalmente, son los más jóvenes los que se entusiasman con ese tipo de novedades. Aunque en Quantum su enfoque principal son los números, Laura recuerda todas esas interminables reuniones con Elizabeth Grant, la mente maestra detrás del proyecto. Decidida a compartir algo de su mundo, se toma el tiempo para explicar un poco más sobre el famoso dispositivo portátil de realidad aumentada.

—Un día ya no sabremos lo que es real y lo que no —interviene su prima Silvia negando con la cabeza.

—Quédate tranquila, que no te alcanza para comprar uno —interviene Jair, el hermano de esta.

Algunos ríen.

—¿Puedo verlo? ¿Tienes un Nexus? —le pregunta entusiasmado el adolescente que inició la conversación.

Black recuerda que recibió una caja con el dispositivo, cortesía de Victoria Stone, pero ni siquiera se tomó la molestia de abrirla. Seguramente se encuentra acumulando polvo en algún rincón de su departamento.

—Lo lamento, no...

—Llegando tarde a mi propia boda —gritan desde la entrada— ¿me guardaron un poco de la cena por la que yo pagué?

Black se esfuerza por mantener su expresión neutral para no revelar el malestar que le produce esa voz. Estaba comenzando a sentirse cómoda, hasta había conseguido olvidar la insoportable existencia de Julián.

—Te irás a pasar la noche en la iglesia, para asegurarnos de que estés ahí para la ceremonia —le advierte su mamá—, o Eva tendrá que casarse sola.

Laura toma un profundo respiro antes de girarse hacia los futuros esposos.

No le importaría descubrir que todo este circo es parte de una broma que le están jugando por haberse olvidado de su familia. Sin embargo, descarta de inmediato esa idea, consciente de que su hermano y sus padres carecen por completo de sentido del humor.

La realidad es una autentica mierda y apesta.

Se acostó con la prometida de su hermano.

Pasa la mano por su cabello y desvía la mirada, no porque la chica del vestido blanco la intimide, sino porque se siente agobiada bajo el peso de todo lo que puede suceder en un solo día.

—Ella es Eva Harper, un auténtico milagro —su madre la coloca justo frente a ella, para presentársela.

Eva, se llama Eva, por supuesto.

—Laura Black, ¿cierto? Es un placer conocerte —dice con voz angelical y extiende su mano.

Laura entrecierra los ojos. La chica aún conserva la sonrisa inocente que la hechizó en el bar, aunque ahora le parece una reverenda hija de puta.

—Hola —se limita a responder, esta vez el tacto de su piel no se siente tan agradable.

—Hola —Julián llega hasta ellas y mira a Laura con frialdad— Viniste.

No logra ocultar que le molesta verla ahí tanto como a ella le fastidia el tener que haber ido. Pero su madre prefiere ignorar la palpable tensión y los abraza a ambos.

Todos ven el gesto como un emotivo reencuentro, pero la experta en finanzas está más interesada en la marca que tiene Eva en el cuello, un pequeño chupete que ella misma dejó ahí mientras se corría por tercera vez en el asiento trasero del crossover. La chica del vestido blanco intentó disimularlo bajo una gruesa capa de maquillaje, pero la evidencia sigue ahí, solo pasaría inadvertida para un ciego.

Tiene que largarse ya mismo.

Capítulo 6:

Intenta aclarar sus ideas lavándose el rostro con agua fría en el baño. Sin embargo, esto no logra disipar la imagen de Eva de su mente, ni apaciguar el calor que sube por sus muslos al pensar que está sentada a la mesa con el mismo vestido que ella le quito hace unas horas. Que aún trae en la piel su saliva y en la boca el sabor de su coño.

Porque la hija de puta ni siquiera se duchó para asistir a la cena, que, por cierto, se realizó exclusivamente para afinar los últimos detalles de su boda.

Debe sostenerse del lavabo cuando sus piernas tiemblan al pensar en los besos que Eva le ha dado a su hermano después de comérsela entera.

—Es una falsa, una perversa —susurra y se lava la cara una vez más.

No piensa en un calificativo para ella misma, prefiere no culparse por la excitación que le quita el aliento al encontrarse en esa situación.

Después de todo, no tiene por qué sentirse culpable. Ha pasado diez años sin ver a Julián y ni siquiera se llevan bien. Ella no tiene ningún tipo de compromiso con él. La grandísima perra de todo ese embrollo es Eva.

Luego de hacer unos ejercicios de respiración para controlarse decide abandonar su trinchera, aunque todo el yoga se va por el retrete cuando se encuentra cara a cara con la chica del vestido blanco.

Lo primero que llega a su memoria cuando la ve, es el recuerdo de sus gemidos.

—Laura Black —Eva la escruta con la mirada tras decir su nombre.

—Mantén la calma, no eres mi problema —intenta pasar por un lado, pero la prometida de su hermano se interpone en su camino.

La cercanía le provoca un ligero mareo. El aroma de Eva se infiltra en su cabeza, evocando los recuerdos del recorrido que hizo sobre su piel, cuando llegó a pensar que no existía un manjar más exquisito.

—No soy el tipo de persona que crees —susurra Eva.

Laura sabe que debería dar un paso atrás y poner distancia entre ellas. Cuando se trata de números, puede ser fría y controlada, pero en presencia de una mujer que exuda lujuria, se convierte en un primate que obedece únicamente a sus instintos.

—No me debes ninguna explicación —dice firme, mirándola directo a los ojos—. Yo no soy quien va a casarse contigo.

La hija de puta sigue siendo guapísima, tan dulce como cuando la vio llegar al bar. No cabe duda que tiene muy bien estudiado su papel de ingenua.

—Solo tenía que decírtelo —se moja los labios y respira hondo.

Es todo, buscó a la hermana de Julián esperando recibir una tonelada de amenazas e insultos. Y lo que encontró fue un muro de indiferencia que le disgusta. Significa que ni siquiera

es lo suficientemente importante para tomarse alguna molestia.

Vuelve a mojarse los labios.

Un solo pensamiento invade su mente: aléjate de Laura Black.

Se supone que las últimas palabras ya fueron dichas. A Black no le interesa cargar con las consecuencias del sexo casual y ella sabe que solo fue una aventura, alentada por la presión de la boda y el agotamiento que supone la planificación. Sin embargo, ninguna de las dos da un paso atrás. Continúan mirándose a los ojos, tratando de descifrar lo que pasa por la mente de la otra.

Eva se envuelve en el exquisito y caro perfume de la jefa de finanzas. El último pensamiento racional de Laura se desvanece al ver los labios húmedos de la chica del vestido blanco.

Y como un ligero soplo de viento que desata un tornado en mitad del océano, los brazos de Laura rodean la cintura de Eva, arrastrándola consigo al baño de visitas.

Coloca a Eva contra la pared y acerca su rostro al de la joven, buscando la saliva que hace brillar sus labios. Pero en el último segundo, la chica gira el rostro, esquivando el contacto. Es como si el Everest desapareciera justo cuando estaba a punto de pisar la cumbre.

—Te advertí que no soy esa clase de persona —le dice en voz baja, aunque su respiración acelerada revela que sus deseos de mujer la traicionan y con gusto cedería a sus impulsos en el baño de sus suegros, con la hermana de su prometido.

—Me buscaste para que te coma el coño de nuevo, ¿a quién intentas engañar? —murmura Laura.

—¿De verdad quieres hacer esto? —Eva la mira a los ojos.

Claro que quiere hacerlo. Quiere ponerla a gritar sobre los horribles azulejos floridos que su mamá escogió hace 20 años. Pero no viajó a Oakdale para joderlo todo.

Capítulo 7:

Sale azotando la puerta, completamente descompuesta, con la respiración alterada y las mejillas enrojecidas, como si acabara de librarse de caer en un pozo profundo que la arrastraría al infierno. Lo cual, a decir verdad, es una metáfora bastante apropiada.

—Señora Black —tiene un infarto breve.

En Oakdale solo hay una persona que la llama de esa forma. Pasa la mano por su cabello, en un intento de recuperarse y lucir tan segura e imponente como siempre. Luego se gira.

—Buenas noches... Benjamín —nunca lo ha llamado papá, ni siquiera cuando tenía nueve años y la llevaba de la mano al colegio.

—Me alegra que hayas tenido la gentileza de venir —dice con una voz profunda que inspira respeto o temor—. Te ha tomado diez años.

Cuando su padre le habla, Laura vuelve a sentirse como una niña asustadiza, aunque lo disimula muy bien.

—Recuerden que ustedes también tenían mi dirección.

Se aferra al pomo de la puerta, mientras su mente se centra en el reproche que percibe en los ojos de su padre. Subconscientemente, se asegura de bloquear la entrada al baño. Sería desastroso que su padre descubriera que estuvo encerrada allí con la futura esposa de su hermano.

—Cubres tu vida detrás de esos kilómetros, porque te avergüenza en lo que te has convertido —dice Benjamín, acercándose hasta quedar a su altura.

Laura se esfuerza por no rodar los ojos. Sabe que su padre podría estar refiriéndose a que gana más dinero que su hermano, a que tiene más mujeres que su hermano o incluso que es diez centímetros más alta que Julián. Su mentalidad machista hace que todas las opciones parezcan viables.

—Soy la jefa del departamento de finanzas de un megacorporativo, con cientos de personas bajo mi dirección —lo mira a la cara, lleva mucho fantaseando con ese discurso— No tengo nada de que avergonzarme; el fracaso de Julián no recae sobre mí.

—Querida hija, tengo pena por lo que será de ti cuando pierdas lo que tanto presumes.

Su padre se retiró de la policía sin recibir pensión, saliendo por la puerta de atrás. Desde que ella comenzó a trabajar como asistente en una firma contable estatal, envía dinero a su familia mensualmente, incrementando la cantidad a medida que su propia situación financiera mejora. Pero es un tema que nunca se menciona y que ella misma tiende a olvidar con frecuencia.

—La cena empezará en breve —le anuncia para cambiar la conversación. Lo hace por su propio bien, esa discusión no los llevará a nada bueno.

—Espero que no arruines la felicidad de tu hermano, es lo menos que puedes hacer por él.

El prometedor ascenso a la fama de Julián como un gran prodigio del fútbol se detuvo en

seco cuando un auto pasó por encima de su pierna derecha. Un auto que ella conducía. Claro que, para empezar, Julián no tendría que haber estado espiándola en su cita con Ginny Clark. Pero ese detalle lo han omitido sus padres. Consigue entenderlos. Luego del accidente siguieron varias operaciones, muchos años de furia y depresión, y cuatro intentos de acabar con su vida. Para su hermano, las cosas perdieron sentido tras esa lesión.

Tampoco fueron sus mejores años; cargaba con la culpa de todo lo malo que ocurría a su alrededor. Sin embargo, sus intentos de suicidio solo fueron dos, y no dramatizaba gritando en el borde del balcón, como sí lo hacía Julián.

—Intentaré comportarme —no quiere ser ella quien inicie el drama familiar, pero sabe que será difícil aguantar mucho.

Benjamín pasa por su lado. Cada segundo que pasa en Oakdale solo sirve para confirmar que ella realmente solo fue requerida por sus padres para recordarle que la odian.

Respira hondo, es una imbécil por haber cedido al chantaje.

La puerta del baño se abre lentamente. Sin girarse, puede sentir la expectación en la mirada de Eva después de atestiguar el breve encuentro con su padre. Piensa en decirle que se mantenga alejada, pero decide que lo mejor es simplemente ignorarla. No quiere ser responsable de otra tragedia en la vida de Julián, aunque lo aborrezca.

Capítulo 8:

Hay una larga mesa ocupada por los rostros que la acompañaron durante toda su infancia, pero Laura Black no se siente en casa. Para ella, el hogar son las madrugadas que pasa en la oficina de su amiga Rachel, bebiendo vino y hablando de trabajo. Muchas veces están acompañadas por Jessica, Emily, Helen, Sarah, Elizabeth e incluso la excéntrica Victoria Stone. Ellas han sido su familia los últimos años.

—Ven aquí, te guardé lugar, tía Laura.

Observa a Rich, el hijo de su primo Owen. A pesar de tener tantos parientes, es la primera vez que alguien la llama tía. Por supuesto, prefiere esa silla antes que la que está junto a su padre; casi agradece que el adolescente haya sido el primero en indicarle un lugar. Hace una nota mental para solicitarle a Sophie que envíe un Nexus a su sobrino cuanto antes.

—Mi especialidad —llega diciendo su prima Charlotte— Pato braisé con ciruelas.

Laura Black aprieta los labios, la cena sin duda fue elegida por Julián, es el único que recordaría que ella odia el pato.

Charlotte coloca el plato principal sobre la mesa y en cuanto lo ve, siente náuseas. La silla a su izquierda es ocupada, y de reojo ve el reflejo del vestido blanco de Eva.

Entre tener que comer para evitar que la señalen de esnob y aguantarse el romanticismo de los futuros esposos, sabe que en cuanto cruce la puerta del hotel vomitará.

—Estudiaré sistemas computacionales —en medio de la cena, Nathan alza la voz para que Laura Black lo escuche por encima de las pláticas de los más ancianos—. Quiero trabajar también en Quantum.

—No seas idiota. Allí solo contratan mujeres —apunta su hermana, quien no puede tener más de 10 años, pero se nota más vivaz que la mayoría de niñas de su edad.

—También hay chicos —voltea hacia Black—. ¿Hay chicos, tía?

Laura asiente; seguro hay personal masculino, aunque ella solo ha tratado con Ethan, el joven de la paquetería.

—La doctora Elizabeth Grant dijo en una entrevista que ella no trabaja con hombres —le informa la pequeña, con un tono casi pedagógico.

Laura deja los cubiertos a un lado; perfecto, ya tiene una excusa para dejar de comer.

—La doctora Grant contrata a cualquier persona capaz, sin importar su género.

Es mentira. Elizabeth, metería la cabeza al horno antes de permitir que un hombre pise su santuario.

—Ella lo dijo —su avisgada sobrina voltea su teléfono para enseñarle la noticia a Black— aquí esta.

—¿Por qué en Quantum odian a los hombres? —pregunta otro joven.

—Se supone que te contratan por tus habilidades. Así es como debe ser.

En una cena le están haciendo las preguntas favoritas de la prensa. Rachel, la jefa de marketing y comunicaciones, odiaría a sus sobrinos.

—Cada empresa tiene sus reglas —explica su primo Liam, para salvarla del interrogatorio de los jóvenes.

—En Quantum solo contratan mujeres, por eso estás ahí, ¿no, cariño?

Laura mira fijamente a su madre.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes —se sirve de la ensalada y eleva los hombros, como si aquello no tuviera la mayor importancia— que seguro hay muchos hombres más capacitados para el puesto de finanzas. Sterling es una ciudad gigantesca.

Se ríe.

—En realidad no, no los hay —responde con frialdad; eso no lo va a tolerar.

—No seas vanidosa.

—Da gracias que creciste en una época donde las mujeres tienen muchos privilegios, eso te permite jugar a la ejecutiva —ahora es su padre quien habla.

Es como si se encendieran todas las luces de pronto y descubriera que está en el escenario de un enorme circo, rebosante de público que asistió únicamente para burlarse de ella. Es Laura Black, no piensa permitir un insulto más...

Una mano se posa en su muslo, una mano delicada que ha estado ahí antes.

Respira y mira a su padre.

—Hubo una época dominada por los privilegios masculinos, y muchos no supieron aprovecharla. Optaron por oficios simples, lo primero que encontraron cerca de su entorno: mecánico, jardinero, policía...

—Cada quien a lo que le hace feliz —interviene Liam para evitar el incendio.

—Pero en unos cuantos años estarás deseando poder llamar a un lugar tu nido —le señala su madre con una voz acaramelada muy falsa—, tener un esposo, hijos.

—Eso sin duda, los hijos son la mejor experiencia de la vida —apoya Charlotte.

—Deberías darte la oportunidad de conocer a alguien —propone su prima Amelia— conozco a buenos candidatos en el pueblo.

—Aunque descartamos la idea de hijos, sin duda... ya no estás en edad —añade su madre.

Ahora es su vida privada la que está sobre la mesa, aderezada con el tema de su edad. Nada puede desagradar más a una mujer. Siente que su cuerpo tiembla de rabia y sin previo aviso su mano es capturada por la de Eva, y sus dedos se entrelazan por debajo de la mesa.

—El dinero no puede comprarte amor, quita eso de tu vida y no tienes nada —continúa su madre—. Un hogar cálido, niños que corran a tus brazos, una pareja que te dé la mano cuando

hay una tormenta.

Laura Black suspira.

No importa cuánto se esfuercen sus padres por derribarla, Eva la sostiene y de alguna forma eso le basta para mantenerse en calma.

Capítulo 9:

El plan de pasar el menor tiempo posible con los parientes le está saliendo fatal.

Hace una mueca cuando el Raven's Crest adulterado pasa por su garganta, pero resulta ser lo menos desagradable de todo lo que sirven en el "mejor bar de Oakdale".

En el escenario, sus primas Charlotte y Martina cantan música de los ochenta, y tras un par de tragos se han apropiado del karaoke, para fortuna de Laura. Esta noche solo podría empeorar si la obligaran a cantar.

—Podrías fugarte —sugiere Eva con ese tono meloso que la abruma.

Black notó la mirada de la joven desde hace media hora y también vio que necesitó de unos tragos extras para atreverse a acercarse. Esa actitud la hace parecer aún más inocente, aunque ya la ha tenido desnuda entre sus brazos y hasta donde recuerda su “virginal” cuñada sabe moverse con bastante destreza.

—Las conozco, mañana nadie va a recordar nada de esta noche —continúa—. Te prometo que no te van a reprochar por abandonarnos.

Laura se termina el Raven's de un trago y voltea. No puede negar que esa joven la intriga.

—¿Quieres tener sexo conmigo?

Sería mentira afirmar que hizo esa pregunta sin pensarlo; en realidad, desde el primer trago ha estado bombardeada por el recuerdo de esa ardiente aventura dentro del crossover.

—Sería bueno que lo olvidaras e intentemos ser amables —extiende su brazo—. Soy Eva Harper, mucho gusto.

Black levanta la ceja y pasa la mano por su cabello, ignorando el saludo de Eva.

—Eso no funciona conmigo. Te conozco, te conozco demasiado bien y no confío en ti —la mira con severidad—. Ese disfraz puede que te funcione perfecto en Oakdale, pero yo sé que realmente eres una...

Aprieta los labios y se levanta, preguntándose qué le está pasando. Jessica Hughes la abofetearía si supiera que estuvo a punto de usar ese insulto con una mujer. Ella no es así, pero detesta que Eva continúe acercándose como si no fuera a casarse mañana con el mayor imbécil del mundo, que por si fuera poco, es su hermano.

Decide salir. Sabe que si comete el más mínimo error con Eva, le dará la razón a sus padres de que solo nació para causar problemas en la familia.

Enciende un cigarrillo y se recarga en el tronco de un árbol, utilizando su sombra y la oscuridad de la madrugada como escondite.

—¿Una qué?

Aprieta la mandíbula al darse cuenta de que la "inocente novia" la ha seguido afuera del bar.

—Las mujeres más chismosas de este pueblo están ahí dentro, deja de seguirme.

—Juzgas muy rápido a las personas.

—Conozco a mi familia.

—Llevas diez años sin verlos. La gente cambia, muchas veces para bien.

—¿Tanto que me verían cogiéndote y se quedarían calladas?

—¿Crees que sería tan fácil para ti tener sexo conmigo otra vez?

—Otra vez. Ese es el punto —señala Laura— No te acerques a mí.

—¿Por qué soy una...? ¿Una qué, señora Black?

—No debí decir eso, te ofrezco una disculpa.

—Cualquiera diría que una mujer que se ha esforzado por destacar en un mundo dominado por hombres no juzgaría tan a la ligera a otra mujer que buscó refugio en ella en su momento más vulnerable.

Black apaga el cigarrillo contra el tronco y se acerca a Eva, adoptando esa mirada intensa que siempre utiliza al examinar los reportes trimestrales de Quantum. La chica del vestido blanco es como un portafolio diversificado: compleja, intrigante y llena de posibilidades ocultas.

—No estás pasando por un mal momento, te vas a casar. A menos que te lleven encañonada al altar, tú misma te lo buscaste.

—Claro, eres tan perfecta como Julián me lo advirtió —dice Eva con una sonrisa amarga, sacudiendo la cabeza.

—Julián tiene una idea equivocada de la perfección. Supongo que por eso ha decidido casarse contigo.

La joven se le acerca con dos grandes zancadas; se aproxima tanto que la jefa de finanzas queda petrificada.

—Una última cosa, deja de alardear sobre cogerme, te recuerdo que fui yo quien te cogió a ti, señora Black.

La financiera tuerce el ceño.

—Estás muy confundida, nena —responde dejando escapar una sonrisa burlesca.

—Yo pagué los tragos, yo te cogí —suelta Eva mirándola a los ojos y agrega arrastrando las palabras— Fuiste mía, *nena*.

Le da la espalda, pero Black solo tarda unos segundos en sujetarla del brazo y atraerla hacia su cuerpo con una fuerza casi violenta.

—Te cogí y lo volvería a hacer si quisiera —usa una mano para apretarle la mandíbula y acerca su boca a la suya—, pero no me tientes lo suficiente.

—Deja de mirarme los labios entonces.

—Aléjate de mí.

—¿No puedes hacerlo por ti misma?

Black se marea al sentir el cálido aliento de Eva sobre su boca. No es ella, sino su instinto, el que busca iniciar un beso, pero la joven gira el rostro hacia un lado para evitarlo.

—Si quieres un beso mío, tendrás que clonarme. Seguro que en la empresa donde trabajas eso es pan comido —se ríe Eva, sin alejarse ni un poco.

Todo en Laura Black delata el insoportable estado de excitación que la atormenta. Sus manos tiemblan, las fosas nasales se hinchan y la parte baja de su cintura busca estar más cerca de Eva, sentirla al menos un poco aliviaría al demonio de lujuria que ha despertado en ella.

—Quieres esto, por eso sigues buscándome. ¿Realmente intentarás negarlo?

Un nuevo intento de besarla es esquivado con habilidad.

—¿Qué es lo que tú quieres, señora Black? —susurra su apellido acariciándose los labios con la lengua.

A la jefa de finanzas el gesto la termina por enloquecer.

—No me llames así...

—Señora Black... —repite Eva.

—Vamos a mi hotel —Laura pone un dedo sobre sus labios y los recorre con una caricia que casi parece que estuviera reverenciando esa boca— Te daré una despedida de soltera como dicta la tradición.

—No repito errores, señora Black —le dice en voz baja y se aleja.

Laura siente que es un tornado quien la arrancan de sus brazos.

Capítulo 10:

Enciende un cigarrillo en su balcón, admirando las estrellas. El cielo nocturno es lo único que realmente extrañaba de Oakdale.

Después de un rato de masacrarse mentalmente decide tomar el teléfono y llamar a Rachel.

—Te advertí que no fueras —es lo primero que dice su amiga al responder la llamada, con voz adormilada y ronca.

—Tuve sexo con una desconocida en un bar.

Sin rodeos, como mujeres de negocios saben cuan valioso es el tiempo y van directo al grano.

—Le daré a tu chica el teléfono de un buen médico.

Rachel se refiere a la asistente de su amiga de esa forma.

—Eso es lo menos importante. Ella...

—Cariño, cuando te aventuras a tener relaciones sexuales con una persona desconocida en un entorno como un bar, es fundamental priorizar tu salud...

—Ella resulto ser la prometida de mi hermano.

Rachel suspira.

—Vaya que lo jodiste, de todas las mujeres en el mundo...

—Lo sé, lo sé.

—Debes volver —le aconseja su amiga— Sal ahora mismo.

Ella tuvo la misma idea, pero su maleta se quedó a mitad del camino. No quería ir y ahora se siente inexplicablemente atada a ese condado.

—No puedo —confiesa con un murmullo apenas audible.— Y hace unas horas le pedí a Eva que tuviera sexo conmigo de nuevo.

—¿Qué? ¿Qué hiciste, qué?

—Me rechazó.

—Menos mal —declara y luego bosteza— No importa qué tan tensa sea la relación con tu hermano, ciertas líneas simplemente no deben cruzarse. Y tener sexo con su esposa es una de esas.

—Aun no es su esposa —la corrige Laura.

—Eso lo complica aún más. El hecho de que estén a punto de casarse añade una capa adicional de gravedad a la situación.

—Comprendo completamente, Rachel. Sin embargo, no puedo sacarla de mi mente.

Su amiga se queda en silencio por unos segundos que parecen inacabables.

—La conociste hoy —expone la jefa de marketing, como si Laura necesitara que le recordara cuan absurdas suenan sus palabras.

—Tampoco entiendo lo que me pasa...

—Seguro es guapísima y seguro el sexo no fue de este mundo, por eso estás confundida. A veces, lo que parece emocionante en el momento puede resultar en complicaciones y arrepentimientos más adelante —razona Rachel— Puedo prever lo que sucederá: mañana ella se casará, y al verla junto a tu hermano, probablemente pierdas el interés. Luego, estarás de regreso en la ciudad, rodeada de mujeres solteras y dispuestas a complacerte.

Cierra los ojos y permite que la nicotina llene sus pulmones, dejando que surta efecto y relaje su cuerpo.

Eva es solo una mujer con la que tuvo sexo casual, no significa nada.

—Regreso mañana mismo, después de la ceremonia —decide.

—Me gusta escuchar eso, además aquí hay una mujer que necesita toda tu atención.

Black suspira y sus labios crean una sonrisa sincera al pensar en Victoria Stone.

—¿Como está ella?

—Es Victoria. Está loca de remate, obviamente. Me como las uñas cada vez que la tengo que dejar hablar con la prensa. Y prepárate, porque con el comienzo de la semana, te espera un poco de lo que llamaría "esclavitud moderna".

La CEO de Quantum Inc es... Algunos la describen como especial, otros la llaman excéntrica, y algunos ya no dudan en etiquetarla como una completa desquiciada. Cuando Laura le dijo que se ausentaría ese fin de semana, justo durante el lanzamiento del Nexus, Victoria la secuestró en su oficina durante al menos cuatro horas.

—Pasar semanas inmersa en el trabajo sin apenas tiempo para salir suena tentador.

Siempre queda su empleo, ahí tiene todo bajo control, no hay contratiempo, ni labios prohibidos.

Capítulo 11:

La jefa de Finanzas de Quantum Inc acaricia la invitación impresa en papel satinado.

Julián Black y Eva Harper. Sus nombres en letras doradas le parecen demasiado grandes.

Se acomoda el pelo detrás de las orejas y vuelve a leer. Hay algo que le preocupa y su instinto nunca falla; por algo es la mejor del país y ha estado en la portada de Capital Trends.

Con una llamada a Sarah Connor, la experta en seguridad cibernética de Quantum, ha obtenido más información sobre Eva. Ahora sabe sobre su fugaz éxito en el mundo de la pintura, sabe que dejó todo de la nada, y no le sorprende; conoce perfectamente a su hermano y detesta que otros destaquen. También ha conseguido su dirección y decide que debe buscarla, aunque anoche fue ella quien le pidió que se mantuviera lejos.

Golpea la puerta con los nudillos. Lleva dos horas dando vueltas por el vecindario, reuniendo valor para mantener una conversación madura con su cuñada. Independientemente de lo que su instinto le araña por obtener de Eva, debe poner otros temas sobre la mesa.

No esperaba tambalearse cuando la joven de largo cabello negro le abre, luciendo un vestido blanco muy diferente al del bar. Un vestido que ya no deja espacio para las dudas: se va a casar.

Antes de poder incluso dar los buenos días, Eva se adelanta, toma su mano y la jala, guiándola por la casa mientras habla a cien palabras por segundo, y todas son quejándose del vestido.

—Me veo ridícula —se cubre la cara con las manos, negándose a mirar el reflejo en el espejo de cuerpo completo que tiene en su habitación.

Laura observa el dormitorio, es un desastre y todo tiene manchas de pintura, aunque no ve ningún cuadro cerca.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste la limpieza? —le parece necesario hacer esa pregunta antes de llamar a control de plagas.

—Tengo un problema —le grita Eva— la casa es lo de menos, no mires.

La financiera asiente, le dará el beneficio de la duda y va a confiar en que ninguna rata saltará sobre su bolso Velveté.

—¿Qué ocurre con el vestido? —le pregunta con un interés honesto en su preocupación.

—Me veo gorda y anciana.

Black contrae los labios.

No es como ella describiría a Eva; de hecho, hacía mucho que no se encontraba ante una mujer tan guapa.

—Pareces una novia que caminará hacia el altar en cuestión de horas —la toma de los hombros y hace que gire a mirar su reflejo— Son solo nervios, absolutamente normales.

Es un gesto espontáneo, pero ambas quedan capturadas en el momento, observando cómo las manos de Laura descansan sobre los hombros de la futura esposa.

—¿Por qué viniste a la boda?

Eva la observa detenidamente y recuerda que en el bar le gustó ser vista como Miguel Ángel ante una placa de mármol; ahora la toca como si temiera romperla. No como si la considerara frágil, sino como algo invaluable.

—Es mi hermano favorito, no podría perdérmele —ironiza.

—No parece que nadie de la familia te agrade...

—Yo tampoco les agrado.

—La mayoría te admiran, otros más envidian tu cuenta bancaria... tus padres, ellos tienen sus tradiciones, eso no va a cambiar —suspira, analiza el rostro de la ejecutiva, buscando una pista sobre cuál es la mejor manera de abordar esa conversación sin que ella se cierre— Durante la madrugada tuve que cargar a Martina hasta la puerta de su casa y me contó lo que le ocurrió en la pierna a Julián.

Black retira las manos de los hombros de Eva y da un paso atrás.

—¿Qué versión te contó?

Algunos creen que ha intentado asesinar a su hermano desde que nació, aunque solo logró amputarle una pierna antes de huir de Oakdale.

La jefa de finanzas se mira en el espejo y sus ojos chocan abruptamente con los de Eva, quien siente que conoce a Laura Black de toda una vida.

—Fue un accidente —afirma la joven, nadie podría convencerla de lo contrario.

Laura parece una fortaleza de hielo, impenetrable y fría desde la distancia. Sin embargo, si te acercas lo suficiente, descubrirás que el hielo puede ser sorprendentemente transparente. Ella misma lo sabe, y teme ser descubierta, por ello decide romper la conexión de sus ojos y moverse por la zona de guerra que Eva malamente llama recámara. Lo hace en principio porque no desea que la chica del vestido blanco perciba el alivio que le produce su absolución. Ni el perdón de sus padres, el resto de su familia, o incluso de Julián, le proporcionan el sosiego que siente al saber que Eva no la juzga.

—Pero sigo sin entender porque viniste, la actitud de tus padres no es muy agradable.

Rachel hizo casi la misma pregunta, aunque la jefa de Marketing empleó el adjetivo “unos malditos hijos de puta”. Eva, en cambio, es demasiado gentil para expresarse de esa manera.

—No lo sé —responde con un suspiro, la única respuesta honesta que puede ofrecer.

Quizás se debe al sentimiento de culpa que se forjó en ella desde el accidente, esa misma culpa que la impulsa a enviarles cantidades grotescas de dinero cada mes. Intenta enmendar un lazo filial que probablemente ellos ya han descartado. Pueden conservar en esa vieja casa el florero agrietado de alguna tatarabuela, pero no afecto hacia su hija mayor.

—Eres buena persona, señora Black —sonríe Eva— no tienes que viajar hasta Oakdale para demostrar nada.

—Usted —corrige Laura.

—¿Usted? —repite aturdida.

—Si vas a dirigirte a mí como Señora Black, deberías mantener la formalidad y no tutearme —ahora es ella quien sonríe.

Eva percibe un brillo especial en ese gesto; sin duda, sonreír de esa manera hace que luzca aún más hermosa.

—Es buena persona, señora Black —repite y voltea hacia Laura— No tiene que viajar hasta Oakdale para demostrarlo.

Aunque están en esquinas alejadas de la habitación, Laura siente el calor de su piel, quizás porque todo lo que la rodea lleva su aroma. Y no se trata de un exclusivo Sfumato con sus matices terrosos y ligeramente ahumados... Simplemente huele a Eva, y eso le gusta.

—Ven conmigo a la ciudad, repítelo y no tendría que volver a pasar por esto.

Ni siquiera ella sabe qué la impulsó a hacer esa invitación. Pero no se arrepiente y lo expresó con tal decisión que la chica del vestido blanco no puede tomarlo como una broma.

—Hoy me resulta imposible —ajusta su vestido e intenta cambiar el tema—. Tal vez si le quito algunos encajes... No sé por qué en la tienda me pareció una buena idea...

—¿Y tu familia? —de pronto, una inquietud se despierta en Black, quien se da cuenta de que Eva no debería estar enfrentando esto sola.

La joven aprieta los labios.

—Los amo. Pero entre ellos y Julián... —se encoge de hombros y suspira— Quiero una boda no una masacre.

Su mirada nostálgica le recuerda a Black el motivo de su visita.

—Deberías estar arreglándote para ir al Bellarossa.

La mención del evento hace que Eva vuelva a centrar su atención en ella.

—¿Crees que eso es más importante que mi boda?

Black la mira muy seria.

—¿Quién eligió la fecha?

—¿De la boda? ¿Eso es importante?

— Te casas justo el día en que hay un evento crucial para tu carrera. No parece una mera coincidencia. Más bien, suena como el tipo de situaciones egoístas a las que te empuja el narcisista de Julián.

Eva entrecierra los ojos.

—Yo elegí la fecha, señora Black. Yo hice los preparativos, yo decidí rechazar la exposición —suspira—. Sé que no tienes la mejor relación con tu hermano, pero es mejor persona de lo que crees. Jamás se interpondría en mi carrera.

—Por supuesto, has decidido casarte precisamente en este día, y también has decidido

excluir a tu familia de este momento tan importante—Laura entrecierra los ojos—. Apuesto a que mi hermano derramó algunas lágrimas mientras tú tomabas esas “decisiones”.

Eva niega, moviendo la cabeza. Julián es demasiado sensible; claro que si algo le afecta, lo demuestra. Pero eso no siempre significa un chantaje.

—Hoy es la boda y se acaba este drama. Tendré otras oportunidades para exponer y me aseguraré de que Julián mejore su relación con mi familia. Tengo toda una vida por delante para eso.

—¿Te propuso matrimonio después de que le contaste sobre la invitación al Bellarossa?

—Ya habíamos hablado sobre casarnos antes de eso.

Es un hijo de puta. Black desearía tener su Bentley en Oakdale para pasárselo por encima de la pierna que le queda.

—¿A dónde vas?

—El vestido te queda bien, tú eres perfecta —le dice Black antes de marcharse con la intemperividad de un huracán.

Capítulo 12:

Encuentra a Julián con su padre, sentados en el porche, con una cerveza en la mano.

—Es necesario que tengamos una conversación —se planta frente a él.

—Buenos días, señora Black —la saluda su padre al ver que es ignorado por su hija mayor.

Julián entrecierra los ojos.

—¿Qué quiere, señora Black? —pregunta, imitando el mismo tono que usa Benjamín.

—Es un asunto privado que necesitamos discutir.

Julián se ríe.

—Quizá te sorprenda saber que aquí no tienes empleados. Puedo hablar contigo el martes o quizá el jueves.

Laura se cruza de brazos.

—Por favor, déjanos a solas, Benjamín.

Ahora ambos hombres comparten una risa.

—Niña, ¿te sentaron mal los tragos de anoche?

Laura Black voltea hacia el hombre que aportó para traerla al mundo.

—Fui quien costé la hipoteca de esta casa, y he solicitado que te vayas.

Su padre se levanta con una actitud violenta, lo cual no la toma por sorpresa. Sin embargo, es un anciano de más de 60 años, calvo y con la espalda encorvada, incapaz de mantenerse erguido.

—No me vas a hablar así.

—¿O qué? ¿Con qué podrías amenazarme?

Levanta la mano para darle una bofetada, pero más que provocarle temor, solo logra despertar en ella una sensación de pena. Con facilidad esquiva el golpe haciéndose a un lado justo cuando suena el claxon de un auto.

—¡Hey! ¿Qué pasa aquí? —una mujer alta de cabello platinado, con una elegante chaqueta de cuero y unos llamativos lentes de sol, se baja del Range Rover Sport que se ha estacionado frente a la propiedad de los Black.

Rachel Stevens se acerca a su mejor amiga y la sujeta del brazo, tirando discretamente de ella para alejarla de su padre.

—Es simplemente una conversación entre familia —explica Laura, sin mostrarse sorprendida por lo que Benjamín pretendía hacer.

—Eso. Mejor vete —el anciano le apunta con el dedo— o te voy a enseñar modales.

—¿Me quieres explicar qué ocurre? —pregunta Rachel, mirando a la financiera—. De todos

los escenarios posibles, no pensaba encontrarte en una riña campirana con el cosplayer de Ed Gein.

Laura Black mira a su hermano.

— Te estás casando con ella simplemente porque te intimidó la idea de que se convirtiera en otra mujer exitosa que pasa por tu vida, mientras tú sigues estancado en la mediocridad.

—¿Qué? ¿Vienes a arruinar la boda de tu hermano? —su padre niega con la cabeza—. Es lo único que te faltaba.

Julián toma una lata de cerveza y da varios tragos tranquilamente, como si ignorar lo que pasa a su alrededor lo hiciera ver superior, aunque en realidad parece un niño tonto.

—Aléjate de Eva.

—No es cierto —susurra Rachel, comprendiendo el drama en el que se ha metido su amiga — Parece que desechaste por completo la conversación que tuvimos por teléfono. Vámonos de aquí, Laura.

Intenta arrastrarla hasta el vehículo que ha tenido que rentar para llegar a Oakdale, pero la jefa de Finanzas está empeñada en enfrentarse a Julián.

—¿Qué quieres a cambio? ¿Puedo darte lo que sea?

Julián se levanta y mira a su hermana directamente, demostrando en cada gesto lo mucho que la aborrece.

—¿Quieres comprar a mi esposa? —se ríe— Te advierto que ya está usada. Muy, muy usada. Le he dedicado bastante tiempo, incluso cuando no tiene muchas ganas de complacerme.

Laura aprieta la mandíbula, conteniendo su ira.

—Es asqueroso —susurra Rachel.

—¿Qué quieres? —vuelve a preguntar la financiera, en ese momento estaría dispuesta a firmar un cheque con cualquier cifra que pidiera su hermano.

—Ahora que lo mencionas, esto es lo que deseo. Hasta ayer ni siquiera estaba muy seguro de la boda, pero ahora que tú estás interesada... —se encoge de hombros—, ahora deseo más que nunca a esa mujer. Voy a ponerle nueve hijos en el vientre, probablemente ya esté uno ahí dentro.

—¿De verdad? —pregunta Benjamín, mirando a su hijo con orgullo—. Felicidades.

Laura se pasa las manos por el cabello. ¿Cómo es posible que existan dos individuos tan despreciables?

—Eso no va a pasar —le advierte entre dientes.

—¿Solo para esto buscas a tu hermano? —le reclama su padre.

—No —Laura se deja llevar por Rachel—. Encárguense de encontrar un lugar donde vivir y un empleo.

Capítulo 13:

La jefa de Marketing y Comunicaciones se inclina hacia la puerta trasera del vehículo y la abre con un gesto decidido, instando a su amiga a entrar. Al hacerlo, Laura se percata de la presencia de otra persona en el interior del Range Rover.

Victoria Stone la mira a través del retrovisor y suelta con desdén.

—Desprendes un aroma a ruralidad.

Laura suspira profundamente y cubre su rostro con ambas manos, sintiendo una mezcla de frustración y agotamiento.

—¿Tú que haces aquí?

—Tuve que traerla para que me dejara usar su Gulfstream —explica Rachel.

Laura niega, pasando las manos por su cara.

—Debo ir a casa de Eva —le dice a su amiga en cuanto pone en marcha el motor.

—Lo siento, cariño, el plan es llevarte al aeropuerto. Ponte el cinturón, son cinco horas de camino. ¿Adivina quién hizo enojar a la Administración Federal de Aviación y no la dejaron aterrizar en campo abierto? Su nombre empieza con Victoria y termina en "maldita desquiciada" —sus ojos se dirigen hacia la pelinegra que está sentada a un costado.

—Tengo que hablar con Eva —insiste Laura.

Rachel mueve la cabeza de un lado a otro.

—Quedamos en que la dejarías atrás, no que intentarías comprarla como ganado. ¿Perdiste la cabeza por completo? Es que todas las directoras de departamento en Quantum se están volviendo dementes.

—Ella no tiene idea del tipo de persona que es Julián.

—Lo descubriré, eso pasa cuando te casas. Al otro día despiertas y te das cuenta de que estás viviendo con el enemigo, compartiendo tu vida con alguien que, en vez de apoyarte, parece estar en tu contra en cada paso que das.

—Rachel, sabes que iré a verla —le advierte— no retrasemos esto.

Stevens estaciona el auto y gira medio cuerpo para poder ver a la rubia.

—¿Qué te hace pensar que ella cambiará de opinión? ¿Acaso crees que dejará a tu hermano justo el día de su boda solo porque te aparezcas en su balcón con un ramo de flores?

Laura observa el camino rocoso bordeado de árboles. Oakdale permanece inmutable, pero ella ha cambiado.

—Eva me importa.

—La conociste ayer. ¡Ayer! —apunta su amiga— Seguro has desbloqueado alguna mierda psicológica. Tu raciocinio podría estar comprometido por el cambio repentino en tu entorno. Es posible que la atmósfera de este lugar te esté afectando más de lo que crees. O yo qué sé.

—Creo que me en...

—No, no confundas sexo casual con amor —le advierte Rachel— ya estás muy mayor para eso.

No está pensando con claridad, está furiosa, tal vez guiada por la certeza de que Julián es un idiota y cualquier mujer va directo al precipicio a su lado. No quiere ver a Eva convertida en la esposa de alguien como él. Ella brilla, entra al bar y todos la miran. Tiene luz y una pureza que no se diluye por la cantidad de manos que han tocado su cuerpo. Irradia una especie de inocencia inmarchitable.

—Se lo expondré, y que ella decida —propone Laura.

Ambas miran a Victoria casi por costumbre, es habitual que siempre le consulten cualquier decisión arriesgada. Victoria es excéntrica, no dudarían que esté construyendo una nave para irse a vivir sola a otro planeta, pero también es muy lista. Para muchos, es la genio de la década; otros la señalan como la mente más brillante del siglo.

—Dispones de una hora, anhelo abandonar este condado, el hedor resulta insoportable —les advierte la CEO de Quantum. Su voz es clara y habla a un ritmo pausado.

Rachel maniobra el vehículo hasta quedar estacionada frente a la modesta morada de Eva. Cuando la joven llegó al pueblo, abrazando sus sueños de artista con fervor, alquiló esa casita en el centro, un espacio que fungía tanto como estudio como galería. Con el paso del tiempo, este lugar ha ido transformándose en el refugio de una mujer que debe pasar sus días trabajando en una tienda de refacciones, reservando solo los fines de semana para dar rienda suelta a su pasión por la pintura. Sin embargo, desde que inició su relación con Julián Black, sus encuentros con el lienzo han menguado notablemente, y ahora sus materiales y obras reposan en una habitación a la que apenas se asoma.

Laura desciende rápidamente del vehículo y golpea la puerta con impaciencia, pero no obtiene respuesta. Por suerte, entre la información que Sarah le proporcionó también se encontraba el número de teléfono de la chica del vestido blanco. Sin embargo, sus cuatro intentos de llamada van directamente al buzón de voz.

—¿Qué está ocurriendo? —pregunta Rachel al salir del auto tras esperar diez minutos.

—No tengo la más mínima idea de dónde podría estar.

Observa desde la calle cómo las personas continúan con sus actividades cotidianas, pero un sentimiento de desasosiego comienza a crecer en su pecho, como la certeza de que algo anda mal.

—Tía Laura —Rich se aproxima para saludarla—. Eva ya se fue con Julián, él vino a buscarla hace unos cinco minutos.

—¿Dónde están?

El chico se encoje de hombros.

—Él tiene un departamento en Ashford Drive.

—Esto no me gusta —susurra mirando a su amiga.

—Vamos a buscarla

—Gracias Rich —se despidió corriendo hacia el Range Rover.

Pero tampoco está en Ashford, ni en la casa de los diez parientes que visitó después.

—Es lo único que queda, debemos acudir a la policía —piensa Laura, completamente desesperada.

—No sé si les parecerá sospechoso que una mujer esté con su prometido el día de la boda —señala Rachel mientras conduce lentamente por las calles empedradas, buscando alguna pista del paradero de Eva.

—Puedo pagarles. Van a poner de cabeza este pueblo por algunos dólares, la van a encontrar.

—Eso ya suena mejor.

—¿Por qué no consideramos la posibilidad de dirigirnos a la iglesia? —sugiere Victoria de pronto, saliendo de su largo silencio.

—¿Por qué estarían en la iglesia? —pregunta Rachel

La CEO de Quantum la mira con cara de circunstancia.

—¿Acaso no está programada la ceremonia nupcial?

Rachel suspira y enciende el auto.

—Solo para que quede claro, yo pude haber pensado en eso —le señala a Laura— Pero gracias a ti y tu increíble capacidad para el pánico ni siquiera se me ocurrió considerarlo.

—Al reflexionar sobre lo que ustedes dos parecen pasar por alto, me doy cuenta de que simplemente estaríamos interrumpiendo una práctica convencional. Supongo que estás al tanto de que el contrato legal entre tu hermano y Eva debió formalizarse hace unos días.

Ambas miran a Victoria Stone.

—Posees una notable habilidad para absorber la emoción de la vida. Afortunadamente, los guionistas de Hollywood no solicitan opiniones como la tuya —le dice Rachel a su jefa.

Laura suspira. En su rostro se dibuja una mezcla de preocupación y reflexión mientras observa el horizonte.

—Solo debo hablar con ella.

Capítulo 14

Lo más ostentoso en Oakdale es sin duda la catedral. Sus torres se elevan majestuosamente hacia el cielo, sus paredes lucen adornadas con exquisitos detalles arquitectónicos y sus ventanales de vitrales emiten una luz casi celestial en su interior. Esta imponente construcción refleja el fervor religioso que caracteriza al 90% de la población y sin dudarlo una parte del dinero que envía a sus padres termina en los bolsillos del párroco.

Pero el interés de Laura Black se dirige de manera inevitable hacia el altar. Observa el elegante escote que adorna su espalda, así como su cabello recogido en un refinado moño bajo, adornado con un delicado aplique floral.

—Ya sabes que está bien. Cuando la ceremonia termine...

Rachel no alcanza a finalizar, porque Laura cruza la nave central con pasos largos, decidida a alcanzar a Eva.

—O puedes interrumpir de manera dramática —murmura la jefa de Marketing, notando cómo todos los invitados voltean a ver a su amiga.

Laura Black llega al lado de Eva y agarra su brazo.

—¿Cómo te atreves? —le reclama Benjamín, quien ha asumido el papel del padre de la joven y se dispone a entregarla en el altar.

—Hasta este momento comprendo por qué vine —dice antes de que Eva logre recobrar la compostura—. Fue por ti. No puedes casarte con Julián.

—Será mejor que te vayas —la amenaza Benjamín.

—¿Qué crees que haces? —su mamá corre hacia ellos.

—¿Qué sucede? —pregunta uno de sus primos acercándose.

En poco tiempo, se encuentran rodeadas por un montón de personas que disfrazan su curiosidad de preocupación. Eva no dice nada, simplemente la mira a los ojos.

—Te voy a sacar de aquí a patadas —le advierte su padre.

Rachel se interpone. Tratando de alejar a Laura de sus familiares.

—Cinco minutos —Eva eleva la voz por encima del revuelo que se ha creado—. Tienes cinco minutos para decirme lo que tengas que decir.

Aunque más de uno intenta evitarlo, la novia sale de la iglesia y Rachel ayuda a Laura a quitarse a sus padres de encima.

—Ofreciste dinero para que se alejara de mí, ¿sí o no? —la enfrenta en cuanto están en el atrio.

Laura Black se queda perpleja, sin esperar el inicio tan directo de la conversación.

—Sí...

—Y como no lograste tu objetivo, ahora vienes a confundirme a mí para sabotear el

matrimonio. ¿No crees que es hora de poner fin a esta pelea de hermanos?

La ejecutiva frunce el entrecejo.

—¿Crees que lo hago por él?

—¿Quieres que crea que yo te importo? Apenas me conoces. Todas las justificaciones que tienes para interrumpir en mi boda son simplemente una fachada para no admitir que realmente quieres fastidiar a Julián.

—Por supuesto, estuvo llorando en tu puerta después de que fui a verlo —comprende Laura—. Te manipula. Lo hizo con la exposición, lo hizo al alejarte de tu familia, y ahora lo está haciendo para que te apartes de mí.

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunta— Te doy la oportunidad de decirlo, ¿por qué quieres "salvarme"?

—Ven conmigo, vámonos de aquí.

—No puede ser cierto... —Eva niega y mira a otro lado.

—Te mereces estar ahora en el Bellarossa, mostrando tu arte al mundo, serías un éxito. Mañana seguramente se publicarían cientos de artículos alabando tu talento —Laura Black se acerca a ella—. Mereces un anillo de compromiso real.

Eva juega con la argolla en su dedo.

—Hizo lo que pudo...

—Tiene un departamento en la mejor zona, seguro lo paga con el dinero que yo envío. Si quería comprarte un anillo, podría haber tomado más de eso. Pero ni siquiera se molestó.

—No se trata de lo que puede costar...

—Se trata de ti, de lo que realmente mereces, Eva —Black coloca una mano en su mejilla—. Si fuera necesario, tomaría cinco empleos solo para comprarte un diamante auténtico si aceptaras casarte conmigo.

—Es tarde para nosotras, señora Black —susurra Eva.

—Julián te compró un anillo de juguete. Nunca te tomará en serio.

—Ahora te diré lo que no sabes: llevamos una relación de cuatro años. Somos amigos, somos cómplices. Y él es el padre de mi hijo —Eva la mira a los ojos—. Estoy embarazada, voy a tener un hijo suyo. Me voy a casar con él —y luego repite las palabras más dolorosas que la ejecutiva ha tenido que escuchar en su vida—. Es tarde para nosotras, señora Black.

Capítulo 15:

Sophie gime montada a horcajadas sobre la jefa de finanzas.

La ropa esparcida sobre la alfombra y el escritorio desordenado son testigos de varias horas dedicadas al placer.

El encuentro termina luego de que el tercer orgasmo sacude a Black.

—Presiona a Petrov a primera hora. Necesito tener el estado de resultados antes de que Stone me bombardee con llamadas —le ordena a su asistente sacándosela de encima.

La joven se viste con agilidad y le ofrece a su jefa un mechero para encender el cigarrillo que ha colocado entre sus labios.

—¿Requiere algo adicional, Señora Black?

Laura niega con la cabeza y, tras vestirse, abandona la oficina. El corporativo es un espacio moderno y sofisticado, equipado con tecnología de vanguardia que refleja la innovación que caracteriza a Quantum.

Al salir, se dirige hacia el ascensor, cuyas puertas se abren con suavidad. El interior está iluminado con luces LED de tonos suaves que crean una atmósfera acogedora y futurista a la vez. Mientras asciende, puede ver a través de las paredes transparentes del ascensor los pisos y las diferentes áreas del edificio, donde los empleados trabajan con diligencia pese a la hora.

La jefa de Finanzas se encamina hacia la oficina de su amiga. El espacio está decorado con muebles modernos y elegantes, resaltando detalles en acero y vidrio que añaden un toque de sofisticación al ambiente. Es aquí donde suelen reunirse al menos una vez a la semana con las otras directoras de Quantum, en parte porque sus agendas personales no suelen estar tan ocupadas fuera de la compañía. Esto refleja un patrón común entre ellas: a medida que sus cuentas bancarias crecen, sus vidas personales parecen volverse más solitarias.

—Te ves cómo alguien que ha cometido un crimen fatal —se burla Emily al verla llegar.

—¿Por qué no me dieron una asistente que ande en los veinte? —se queja Helen entregándole el palo de golf a Jessica.

Jessica Hughes es la encargada del departamento de recursos humanos.

—Voy a fingir que no entiendo de qué están hablando.

—Hablamos de sexo, mamá —la provoca Sarah riendo.

—Del sexo no se habla, simplemente se tiene o no, lo demás es superfluo —la regaña Jessica mientras realiza su tiro.

—Solo tú puedes ser tan mala en el golf virtual —se burla Laura caminando hacia el escritorio para tomar el trago que Rachel está extendiendo hacia ella.

—Es porque no está calibrado, hay un desfase en la imagen.

—Compra unos lentes —le sugiere Elizabeth— Te recuerdo que este juego lo hice yo.

—Mejóralo.

La desarrolladora se burla.

—Si fuera un poco mejor conoceríamos la cuarta dimensión.

—¿Cuándo fue la última vez que visitaste tu departamento? —pregunta Rachel a Laura, mientras las otras continúan hablando del juego. Esas partidas nunca terminan bien.

—Espero unos reportes.

—Seguro que sí. Una noche más aquí y Stone te cobrará renta. Además, no sería raro que empezara a incluirte en el inventario de la oficina —añade con una sonrisa sarcástica.

—Mi madre me ha llamado. Quería saber cómo estoy.

—Y luego pidió dinero —adivina Rachel.

Laura asiente.

—Luego pidió dinero.

—Más te vale no desviar ni un centavo. Y no por "ese evento" que no queremos mencionar, sino porque es momento de que aprendan a vivir sin depender de la generosidad de su hija, a quien nunca supieron agradecer.

—No pensaba hacerlo —Laura bosteza.

—Ve a descansar —le sugiere Rachel, con tono comprensivo—. La empresa no se va a desplomar en una noche.

Laura suspira, realmente extraña su cama. Después de la agradable experiencia con Sophie, no le vendría mal dormir profundamente y recuperar un poco de energía.

—Nos vemos en un rato.

Se termina la bebida y toma el ascensor. Bosteza varias veces mientras se dirige al estacionamiento. Pero conforme atraviesa las desiertas calles, la idea de una cama deja de parecerle tan tentadora. Puede escuchar la voz de su madre diciéndole que tenía razón, que el dinero no puede comprar el amor.

Conduce hasta Vesuvio, el refugio que descubrió en una de sus noches de insomnio y que ha visitado regularmente en el último año. Se acomoda en la barra y solicita un Whiskey Sour, dedicando tiempo a cada sorbo, entablando una conversación silenciosa con el alcohol, el único confidente que nunca cuestiona sus elecciones y que siempre hace más llevadera su soledad.

—Éclat d'Or es el perfume que usas. Me ha tomado casi un año averiguarlo.

Laura siente cómo la sangre le hierve en las venas al escuchar esa voz.

—Me lo aplicaron en la tienda y olvidé su nombre —responde mientras se gira lentamente, encontrándose con la mirada vivaz de una joven.

Lleva puesto el mismo vestido blanco, emana el mismo romanticismo. Pero ya no son las mismas, ahora conocen sus nombres y su historia.

—Pero pagaste 500 dólares por él.

Laura vuelve a dirigir su mirada al frente y da un sorbo a su bebida. Como la señora Black, sabe enmascarar perfectamente su caos emocional tras una fachada de indiferencia gélida.

—Me parece injusto que yo haya pagado en aquel bar de Newfield. Soy una pintora que jamás ha vendido un cuadro, tú eres rica.

—No me diste la oportunidad de protestar —recuerda Black— Tenias prisa porque te cogiera.

Eva sonríe, el sonido de esa risa potencia el efecto del alcohol dentro de su cuerpo.

—Luego discutimos sobre quien fue la pasiva ese día. Primero invítame un trago.

Black la mira.

—Ha pasado un año Eva. ¿qué quieres?

—Aprendí algo al casarme, ¿Te gustaría saber qué es?

—¿Cuál es la otra opción?

Eva se acerca y recarga una mano en el muslo de Black.

—Pude elegir a mi pareja, pero no a quién amar.

—Es tarde para nosotras —murmura con amargura, reviviendo las palabras que pronunció la chica del vestido blanco al despedirse.

Se acerca más, demasiado para hacer posible resistir la tentación.

—La amo, señora Black.

Laura ve sus ojos, luego sus labios. Está ahí para ella, despertando su apetito, como la primera vez.

—¿Cómo va tu relación con Julián?

—Mi padre nos visitó, llevaba consigo su Heckler & Koch y Julián por fin aceptó firmar el divorcio.

—Quiero suponer que no usaste un Heckler & Koch con lo que tenías en el vientre.

—Me estoy haciendo cargo, sola. Mucho mejor para ella —Eva se levanta—. A veces soy ingenua, pero siempre busco la forma de corregirlo.

Laura la sigue con la mirada mientras se dirige hacia los baños.

Le ofrecen la manzana y ya sabe lo que sucederá si acepta. No obstante, su apetito es voraz y la fruta se ve jugosa.

—No estoy interesada en encuentros casuales en bares —le expresa cuando está frente a ella.

—Pero por algo tenemos que empezar, ¿no?

Black no lo resiste más y aterriza sobre sus labios.

Cede a la tentación, muerde la manzana y, como dicta la leyenda, le espera el infierno.